

LILLIÁN

BARCELONA
AÑO DE 1904





NOVELA TRADUCIDA POR M. C. Y G.

ILUSTRACIONES ORIGI-
NALES DE D. FRANCISCO
* * * GALÍ * * *

~~~~~  
CON LICENCIA  
ECLESIASTICA  
~~~~~

ES PROPIEDAD



INTRODUCCIÓN

DURANTE mi permanencia en California visité acompañado de mi amigo el pundonoroso y valiente capitán X..., á uno de nuestros compatriotas que vivía en las apenas pobladas montañas de Santa Lucía.

Como estuviese ausente de su casa debimos vivir cinco días en solitaria barranca acompañados de un indio anciano que, durante la ausencia de su señor, cuidaba las abejas y las cabras de Angora.

Siguiendo la costumbre del país dormía todas las horas que el sol baña la tierra, y al

nacer la noche me sentaba junto al fuego siempre vivo y escuchaba las relaciones del capitán, sus maravillosas aventuras, de las que sólo pueden ser teatro los desiertos americanos.

Aquellas horas tenían para mí indecibles encantos. Las noches eran verdaderas noches de California: tranquilas, cálidas y estrelladas. Las llamas del fuego danzaban alegremente, y á su luz contemplaba la estatura gigantesta, las nobles facciones de mi amigo el anciano militar. Fijos los ojos en las estrellas, esforzábame en avivar la memoria de pasados acontecimientos, nombres queridos, rostros hermosos, y el recuerdo de la que le legara aquella expresión de tristeza que leíase en su mirada y que parecía desprenderse de su ser.

Tal como la oí voy á repetiros una de estas relaciones, creyendo que tú, lector, la escuchará con el mismo vivísimo interés que yo la escuchara.



CAPÍTULO PRIMERO

SALÍ para América el Septiembre de 1849, dijo el capitán: permanecí algún tiempo en Nueva Orleans, ciudad en la cual predominaba entonces el elemento francés. De Nueva Orleans remontando el Misisipi dirigíme á una extensa plantación de azúcar, donde hallé trabajo y pingües ganancias. Pero como era joven y audaz, y me gustaba viajar y tenía horror á la vida monótona, presto dejé el empleo y empecé á vivir en el bosque. Me acompañaron varios camaradas, y pasamos algún tiempo recorriendo las orillas de los lagos de la Lui-

siana. Entre cocodrilos y serpientes vivíamos de la caza y de la pesca, y de vez en cuando enviábamos por el río á Nueva Orleans, madera en cantidad más que regular, la que vendíamos á buen precio.

Nuestras expediciones se extendieron hasta lejanas tierras. Llegamos á «Blody Arkansas,» entonces apenas habitado. Y aquella vida llena de penalidades y peligros, de sangrientos encuentros con los piratas del Misisipí y los indios, entonces muy numerosos en Luisiana, Arkansas y Tennessee, robusteció mi salud y dióme un conocimiento tal de aquellas llanuras, que podía leer en el inmenso libro de la naturaleza salvaje tan bien como el más práctico guerrero piel roja.

Cuando se descubrió oro en California casi todos los días salían caravanas de emigrantes de Boston, New York, Filadelfia y otras ciudades orientales. Conocedora de mi reputación una de estas caravanas de emigrantes, me pidió que la guiara, nombrándome su jefe.

Acepté gustoso el nombramiento, pues en aquella época se contaban maravillas de California, y á mí habíanme picado la curiosidad y deseaba visitarla avanzando muy lejos hacia el Far West, sin que por ello me hiciese ilusiones acerca de los peligros del viaje.

En la actualidad el ferrocarril recorre en una semana la distancia que media entre New York y San Francisco, y el desierto sólo se extiende al Oeste de Omaha: ¡cómo cambian los tiempos!

De los pueblos y ciudades que se encuentran hoy entre New York y Chicago y que son más numerosos que las semillas de adormidera, entonces no había ninguno, y Chicago, la que luego ha crecido como seta después de lluvia, era un mísero villorrio de pescadores, no señalado en ningún mapa.

Precisaban carros, mulos y hombres intrépidos para cruzar aquellas regiones salvajes pobladas por los feroces Crows, Blackfeets, Pawnees, Sioux y Orickarees, tribus indias cuyo encuentro era imposible evitar, pues movibles como la arena, carecían de habitaciones estables. Viviendo de la caza recorrían las inmensas llanuras persiguiendo búfalos y antilopes.

Múltiples eran los peligros que nos amenazaban: el que se lanza lejos, hacia el Oeste, debe estar pronto á sufrir lo indecible y á exponer su vida millares de veces.

La responsabilidad que pesaba sobre mí casi me asustaba; pero cuando la hube asumido mi única preocupación fué disponerlo todo para tan largo viaje. En los preparativos empleamos más de dos meses: debimos traer los carros de Pittsburgh; comprar mulos,